

FINAL DEL MUNDO EN ARMERO

Esther Uribe de Zuluaga
Sobreviviente de la Tragedia de Armero

INTRODUCCIÓN

Doña Esther Uribe de Zuluaga murió a los 81 años, el 18 de marzo del 2009, cuatro meses antes de que nosotros llegáramos a su casa en Villahermosa (Tolima). A ella no la mató una grave úlcera en una pierna ni la avalancha que arrasó a la ciudad de Armero en 1985. Ese, como dicen los sobrevivientes de la tragedia, no era su destino. “Es que no era la hora”.

Pocos días antes de conocer a su familia, de conversar con su hija doña Yolanda y con su esposo, don Miguel, estábamos en Chinchiná escuchando diferentes versiones de la Tragedia de Armero. Allí, por una afortunada equivocación, algunos miembros del grupo de investigación Etnografía y Memoria de Armero (EMA) resultaron entrevistando a Germán Canal, quien, oriundo de Villahermosa, durante largos años trabajó como camarógrafo de Inravisión y hoy en día trabaja en su propio estudio de producciones audiovisuales en la ciudad caldense. Atento a nuestro interés, recordó que una mujer sobreviviente de la tragedia de Armero le había entregado a él su testimonio escrito para que lo publicara. Sin embargo, hasta ese entonces, más de veinte años después, no había leído ni la primera página; el cuaderno reposaba allí entre sus repisas empolvadas. Con todo, sabía muy bien en dónde estaba, de manera que nos lo mostró y nos lo regaló sin hesitar. Por eso estamos muy agradecidos. Desde el principio supimos emocionarnos con el texto que, escrito a mano sobre un cuaderno amarillento, se nos presentaba casi anónimo, a pesar de estar firmado con cédula y nombre propio. Su título, en mayúsculas, es: “Final del Mundo en Armero. Año 1985 13 Noviembre. Terrible tragedia por el Bolcán nevado del Ruis”.

Llegamos a Villahermosa guiados por varias historias que coincidían allá. Conociendo el pueblo colorido, nos presentaron a don Miguel Zuluaga, un señor de 94 años, “uno de los más viejos del pueblo” quien paseaba a paso lento las calles con un sombrero blanco y que nos saludó con una sonrisa amable y se sentó a contarnos una historia de Armero, su experiencia en la noche del 13 de noviembre de 1985.

Ese día acompañó a su esposa en el hospital San Lorenzo de Armero, pues ella tenía una infección a consecuencia de una operación. A él también le llovió ceniza ese día, “oiga, y en el camino ese aguacero tan horrible”. A las ocho de la noche tomó un carro que lo llevó a Palocabildo, un poblado ubicado sobre la montaña. Su esposa, cuenta él, pasó esa terrible noche en Armero: “ella tiene como cincuenta hojas de escrito de lo que fue de Armero. Ella misma lo copió, fue sacando el tiempito, allá en la finca; teníamos la finca, iba copiando, iba copiando hojita por hojita. Todo lo que le pasó a ella o lo que pasó en Armero todo lo cuenta ella, ahí lo escribe en el libro”.

—¿Cómo se llamaba su esposa, don Miguel?

—Esther.

Esther Uribe de Zuluaga, cédula 28.982.183. “Vivía muy pendiente de la comunidad” —cuenta su hija Yolanda—. Devota de la fe católica, asidua lectora del *Devocionario católico*, coleccionista de recetas medicinales caseras, esposa, madre y vecina ejemplar. Duró cerca de 65 años casada con don Miguel Zuluaga. “Pero ah, ¡se querían... horrible! Todavía era ‘amorcito’, ‘negrito’... Nunca los vimos discutir. Fue un matrimonio muy bonito”. Doña Esther dice en su manuscrito que su matrimonio solo lo separaría la muerte, y así fue.

Doña Esther es la autora del texto del que, para nuestra sorpresa, existía no solo una versión. Con la dedicación que describe don Miguel, ella copió la historia en otro cuaderno que guarda su familia en su hogar de Villahermosa. Aparentemente, doña Esther buscó a alguien que le corrigiera la ortografía de esta segunda copia e hizo algunos cambios de redacción. Aquí presentamos un texto que concilia ambas versiones, respetando completamente la prosa de la autora que da la impresión de escribir como quien conversa.

Esta es una historia con moraleja. La tragedia no se narra para dar cuenta de sí misma, sino de lo que revela. A los ojos de doña Esther, los diferentes momentos que describe, sus premoniciones, la angustia nocturna, el amanecer triste, el rescate y su recuperación, son escenarios en los que ocurren dos cosas principales: la presencia de Dios y el consuelo de la Amistad. En la tragedia ambas cosas son paradójicas, pues Dios se ve con claridad en la noche más oscura, y las Amistades más preciadas se dan entre personas que, como lo saben desde el mismo instante del desastre, nunca volverán a verse. Lo que resalta doña

Esther es que de la experiencia más horrible ha sacado la enseñanza más valiosa, y pareciera querer compartir su claridad para que el resto, los que vivimos la tranquilidad, no olvidara la experiencia trágica y supiera vivir con fe para poder enfrentar la muerte. Aunque ambas partes anteceden a la avalancha, son constitutivas de lo trágico.

Avanzando en la lectura, los recuerdos de la autora son los únicos ojos del lector. No hay ningún panorama amplio sino un reto interesante: todos tendremos que entender la noche del 13 de noviembre desde un cuarto de hospital y una terraza. Entonces, la experiencia del lector será confusa, angustiante; aquel nunca verá claramente el paso de la avalancha sino a través de murmullos, de gritos lejanos y de los fragmentos de información que traen consigo quienes salen del lodo y logran treparse al hospital. Por lo mismo, el tiempo nunca coincidirá exactamente, pues lo importante no es la hora sino la sucesión de eventos: de poco serviría saber qué hora es, cuando el tiempo pasa a veces lento y a veces rápido. Ha de tener paciencia para presenciar el amanecer del jueves.

Tres meses después de aquel largo amanecer, en febrero de 1986, doña Esther dio inicio a la escritura del texto que aquí presentamos. Por la premura con que su autora decidió la escritura de los eventos, presumimos que se trata de la primera interpretación de la tragedia elaborada por una sobreviviente. A diferencia de los primeros textos publicados, a manera de crónicas periodísticas, el relato de doña Esther no solo recorre las imágenes plasmadas en su memoria y recuerda la cronología de aquella noche, sino que trasciende con su escritura: además de responder interrogantes como ¿qué pasó? y ¿cómo pasó?, propone, principalmente, algunas respuestas a la aún hoy pendiente pregunta ¿por qué sucedió?

Es cierto que la hora de doña Esther no nos dio tiempo de conocerla, pero nuestra suerte no es poca. Cumplimos su voluntad de ver este escrito publicado para ser leído por todos. Agradecemos a la familia Zuluaga Uribe por permitirnos publicarlo, a Germán Canal por habernos facilitado la primera versión, y a la maravillosa casualidad que nos llevó a tener este escrito en nuestras manos.

Sandra Liliana Acero
Mónica Cuéllar Gempeler
Grupo de investigación Etnografía y Memoria de Armero (EMA)
Universidad Nacional de Colombia

FINAL DEL MUNDO EN ARMERO

AÑO 1985, 13 DE NOVIEMBRE

TERRIBLE TRAGEDIA POR EL VOLCÁN NEVADO DEL RUIZ

[p. 2] Noche de Horror, desolación y muerte. Noche de temor y fue tomada por sorpresa por la indecisión de tantos que aún dudaban que el león ya no dormía y abría sus ojos para arrasar con su furor lo que a su paso había. Noche fatal de gritos, de auxilio con inocentes atrapados, quemados por la fatal avalancha. Sus cuerpos atrapados por sus casitas que les sirvió de albergue.

Otros quemados el alma de dolor profundo de ver sus casas arrasadas y sus seres queridos desaparecidos. Pero su voz como un eco se perdía en la nada. Otros contestaban: “Estoy acá”... un árbol que sirvió de adorno y con sus flores, con su hermosura, daba un ambiente de colorido a esta *ciudad amada*¹, ciudad blanca de Colombia que fue Armero, este paisaje de gran colorido. Estos árboles sirvieron, algunos, para defender sus vidas, y de allí ver con dolor profundo que este paisaje [p. 3] y el bullicio de este pueblo amado quedarían sepultados. Porque los pocos árboles que allí quedaron servirían algunos para defender sus vidas y adornar las tumbas de tantas vidas que jamás pensaron que su linda ciudad así moría. Y ellos sepultados porque sus vidas, allí ofrendadas, harían otra historia para escribirla como otro hecho trágico que muchos años antes había ocurrido; no pensaban que construir otra ciudad allí moría con muchos más inocentes que aguardaban la orden de una autoridad para salir de allí aunque partidos el alma de dejarlo todo lo que allí con esfuerzo y trabajo habían conseguido, pero defenderían sus vidas que jamás habrá en el mundo dinero para comprarlas.

Noche de saber que Dios sí nos oía, y el horror a gritos hasta ya no poder nuestra garganta, pensando que la vida se extinguía; pero Dios escuchó nuestras plegarias y algunos la vida dejarían.

Allí donde había dolor, desesperanza, allí estaba Dios cuidando la vida de las madres que sus otros hijos allí perdieron, y los llantos de [p. 4] estos niños alumbró el camino a estas madres destrozadas pero debían luchar por ese nuevo hijo que llegaba. Allí estaba Dios cuidando

1 Las palabras que aparecen en cursiva a lo largo del texto corresponden a la primera versión.

a muchos seres que milagrosamente se salvaron pero quedaba el dolor profundo de tantos hogares destrozados, hospitales, médicos, enfermeras, tanta gente y pérdidas materiales, el balance jamás se haría.

En esta noche fatal se comentaba que Dios se hacía ver él existía, y con hechos para ver si la gente se arrepiente y dejar de tanto rencor. Él desea de todo corazón que Colombia vuelva a nacer, que el odio se cambie por amor entre hermanos, que no se maten los unos a los otros, que nos demos cuenta que somos imágenes de Cristo, que haya paz tan deseada, que no haya secuestros, que la bandera de la paz gire en torno al mundo como un hecho de paz ya realizado, que haya respeto por la vida humana.

Luego de esta noche fatal, final del mundo en esta Ciudad blanca [p. 5] de Colombia que para construirla como estaba costaría tantos millones pero jamás quedará como estaba porque las vidas de tantos jamás se reemplazarían. Fue el amanecer trágico pero de esperanza porque Colombia y demás países mostraron su solidaridad, y allí llegaron grupos de la defensa civil y el gobierno, diciéndole a cada hermano: “Aquí estamos, no están solos”... los helicópteros, fuerzas armadas y demás fueron nuestra esperanza para salir de allí.

Aunque partidos el alma y el corazón de dolor de ver que allí quedaban tantas personas sepultadas, y una linda Ciudad de progreso así moría.

[p. 6] Soy una sobreviviente de la tragedia, de lo que fue Armero, que sin ser de allí accidentalmente casi perezco. Al rescatarme de allí en la terraza del hospital San Lorenzo y me llevaron a Lérica. Allí me entrevistó un señor de la cadena Caracol. Yo vivo en la vereda Campoalegre del municipio de Villahermosa, con el hogar conformado por mi esposo, Miguel Zuluaga, y mi persona, Esther Uribe de Zuluaga. De esta unión tenemos 12 hijos, 41 años de casados, un hogar feliz. Tengo 57 años y mi esposo 70. No soy persona preparada, pero puedo contar con detalles y sinceridad lo que viví allí esa noche y lo que viví desde el 10 que estuve allí *hospitalizada* hasta la noche de la tragedia hasta llegar a mi hogar.

Ya que esa noche no había dormido y cuando empezó la tragedia estaba consciente y pude darme cuenta de lo que pasó esa noche. Más aún pasé esos 3 días con un presentimiento de que algo iba a pasar, pero yo presentía era en la casa de Villahermosa donde tenía mi

familia. [p. 7] Cuando salí de allí rescatada, me prometí escribir todo lo que viví allí desde el domingo 10 hasta llegar a mi hogar, ya que no estoy enseñada a separarme de mi hogar por largo tiempo.

Desde el 85 en agosto me tocó quedarme *2 meses y 8 días* en Paolocabildo, por la operación el 3 de agosto del tendón de Aquiles. Y cuando en la tragedia me tocó *otros 2 meses* en Ibagué todo por mis problemas de salud. Pero para mí fue una enseñanza incomparable el darme cuenta que estamos rodeados de gente maravillosa y linda que, a pesar de nuestras incapacidades, lo ayudan a uno a salir adelante y hacer más llevadera la vida. Ya que cuando a uno le gusta realizar el trabajo diario, el poderlo hacer y luego no poderlo hacer, solo la familia y la gente buena lo ayudan a uno a salir adelante, y Dios cuando nos ama nos pone a prueba. Todo esto me animó a escribir este relato a la cual lo enviaré algún medio radial o comunicación, bueno [p. 8] y responsable con grandes capacidades periodísticas, ya que muchos de estos medios estuvieron con cada detalle de esta tragedia, con caridad humanitaria tanto la televisión como todos los medios informativos que están siempre al instante en todas las noticias y más esta tragedia.

Yo llegué a la casa el 5 de enero, y ya hace 25 días llegué y más tranquila estoy escribiendo, esperando que mi relato sencillo, pero escrito con toda la sinceridad y poder narrar con detalles lo que viví allí esa noche pueda tenerse en cuenta como otra testigo de este drama trágico que hoy hace historia. Sé que muchas personas han podido narrar, unos que sufrieron menos, otros quemados faltándoles parte de su cuerpo; otros destrozados han podido narrar porque han perdido todos sus seres queridos, otros que sufrieron menos, otros quemados, otros han podido narrar cómo perdieron sus seres queridos. Muchos tienen que contar como yo de esta noche fatal y por la importancia que tiene, ya que jamás pensamos nos tocaría vivir a esto. Y sobrevivir a tan terrible tragedia. Por eso hay que escribirla contando cada uno [p. 9] cómo sobrevivió, cómo fue que Dios estuvo con cada uno de nosotros.

Ya hace un año y unos meses estoy incapacitada, pero Dios me ha ayudado a salir adelante y sentirme conforme. Hago un reconocimiento público *al milagro*² de haber podido sobrevivir. Vivo dando gracias a Dios con la oración.

2 En la segunda versión de este texto, la autora decidió, en varias ocasiones, suprimir

Yo llegué a lo que fue Armero el 10 de noviembre con una ulceración en el tendón de Aquiles, ya que fui operada el 3 de agosto, y cuando solo me faltaban solo 15 días para quitarme el yeso fijo, se me ulceró y por poco pierdo la operación. Por eso el médico doctor Aranzales luego de hacerme un drenaje me ordenó hospitalizarme por 3 días pues él estaba pendiente de mi caso junto con el ortopedista doctor Alonso Oviedo pues él sólo venía cada mes de Bogotá. Fue así como empecé esta semana que terminó con esta tragedia. El lunes a pesar de que pensé que tenía que pasar sola sin mis familiares, fue así como llegaron algunos de mis hijos y mi hijo que trabaja en Lérida en la Caja Agraria.

No sé por qué pero cuando estaba allí sentía presentimiento de que algo iba [p. 10] a pasar, pero presentía era en Villahermosa donde mi familia *ya que* sentía que unos de mis hijos me llamaban y mi esposo se quejaba.

Yo creo que las tragedias se presienten.

15 días antes de ir al hospital soñé que el nevado se venía, yo corría pero no me alcanzó.

En este tiempo que pasé allí, hice amistad con algunas enfermeras, con unas conversé largo rato: una de ellas era Dorita Mesa; pues estuvo en el hospital de acá de Villahermosa tres meses para luego salir con el nombramiento en el hospital San Lorenzo en lo que fue Armero. Otra amistad que fue para mí muy linda fue Sor Consuelo, por la que sentí un gran cariño. El lunes cuando la vi llegar a tomar el turno de las siete de la noche, sentí una gran paz espiritual quizá porque cuando joven anhelé ser monja. Yo la felicité por la labor que ellas junto a las otras compañeras estaban llevando en el hospital: la organización y atención. Ella platicó esa noche conmigo; le conté que me gustaba servir a la comunidad a la cual algunos años atrás lo había podido hacer gracias a unos sacerdotes que [p. 11] nos dieron la oportunidad de hacerlo. Le conté cómo Dios me había ayudado y había sentido su presencia. Luego, el martes le tocó de nuevo el turno de las siete de

o reemplazar la palabra "milagro". No podemos suponer la intención que implica este cambio, pero tampoco puede pasar desapercibido. Sugiere, sin embargo, un cambio no estilístico sino interpretativo, pues no por casualidad desaparece una noción tan propia del lenguaje religioso que predomina a lo largo del texto, además relacionada a la muy protagónica fe.

la noche. Dialogamos junto con una sobrina mía que también llama Consuelo Uribe, que trabaja hace algún tiempo *como profesora* en el Convenio³. Ella me visitó lunes y martes en la noche. Hablamos de diferentes religiones. Ella nos contó cómo allá iban jóvenes de diferentes municipios⁴. *Yo le dije que ella me había inspirado un cariño muy especial*. Allá se rezaba el Santo Rosario; todos los días se rezaba *a las 6 ó 7 de la noche*, lo rezaba Sor Amelia, la directora del hospital.

Como yo quedaba un poco lejos de donde se hacía Sor Amelia a rezar, Sor Consuelo se hacía frente a mi pieza para que yo pudiese escuchar el rosario. Así lo hizo durante los 3 días que pasé allí. Como yo tengo todos los días una hora para orar, no tenía mis libros, fue así que le dije a Sor Amelia me prestara un libro pero a ella siempre se le olvidaba, pero el martes tempranito llegó Sor Consuelo y ella le dijo: *Hermana tráigale a ella un libro*, ella me dijo: “No tengo sino los de la comunidad”; [p. 12] rápido llegó con el libro. Tenía oraciones bellísimas, y la que nos concordaba con los hechos al amanecer el jueves fue la oración a María Santísima que habla del Arca de Noé y las especies que salvaron, y otra que dice: demos gracias por haberme conservado particularmente en esta noche y dado este día para honraros.

El martes me visitaron dos de mis hijos: Fabiola y Hernando pasaron conmigo hasta las cinco de la tarde. En esta tarde mandé llamar al médico doctor Alonso Oviedo para que me comunicara con el hermano ortopedista en Bogotá para saber si ese sábado venía, ya que él sólo venía cada mes a lo que fue Armero era para ver si me autorizaba la quitada del yeso fijo. Al otro día, *miércoles por la mañana*, llegó el hermano del ortopedista *sonriendo* y me dijo: “*Doña, malas noticias, mi hermano no viene este final del año*”.

El miércoles cuando la niña de la cocina fue a llevarme el desayuno, como ya habíamos hablado me dijo que ella estudiaba en nocturna, que ya estaba muy adelante su bachillerato. Me dijo: “*Anoche soñé contigo; soñé que le habían quitado el yeso y que su pie estaba limpio sin heridas*”.

3 El Convenio es una inspección de policía que hace parte del municipio del Líbano y está ubicada a medio camino entre este municipio y el cruce de Armero.

4 En la primera versión del manuscrito, la autora usa la palabra *parroquias* en vez de *municipios*. Este cambio nos permite suponer que los municipios a los que se referían en la conversación están circunscritos a la presencia de una parroquia en ellos. Entonces, tal como son usados acá, municipio y parroquia significan lo mismo.

Otra que tenía siete meses de embarazo se llevó el miércoles a *lavarme* unas camisas de dormir. [p. 13] Le presenté a mi esposo, le deseé que viviera casada como nosotros *y poder ser feliz por* largos años. Mi esposo llegó muy temprano el miércoles para ver si me daban la salida, pero por la gravedad de mi herida el doctor dijo sólo el sábado me daba la salida⁵.

El miércoles cuando me visitó el doctor Aranzales le imploré la vida sin saber que esa noche estaría en peligro. Le dije: “Doctor, quiero vivir para mi hogar que tanto quiero; le pido me ayude a superar estos problemas de salud”. Él me dijo sonriendo: “Cuando salgas te voy a formular *drogas*, y ya verás que te vas a poner bien”. Allí en estos días encontré personas *muy lindas* que a pesar que tienen una profesión tan grande que es cuidar el enfermo que allí llegaba, algunos tenían una palabra de cariño para el enfermo.

Mi esposo pasó allí hasta las cinco de la tarde que fue a conseguir carro para irse para Palocabildo. Mi esposo pasó ese día [p. 14] con un desasosiego terrible; *loco por irse* un calor sofocante parecía Dios le decía: váyase, estás en peligro. Así lo comentamos *en Lérida* luego de la tragedia mi hijo y yo. *Mi hijo llegó de Lérida a las cinco de la tarde: ya venía con los ojos rojos; le toqué la camisa, estaba arenosa, me dijo: “Mamá, está cayendo demasiada ceniza”,* luego volvió a salir ya que había traído un Carro para arreglarlo. Yo tenía un radio pequeño y solo se escuchaba la emisora radio Armero decía: si sigue cayendo ceniza, pongan los ventiladores, pónganse pañuelos con agua. Ya los enfermeros *y Sor Consuelo* estaban preocupados y comentaban que cuando los alumnos de las aulas habían salido de estudiar les tocó favorecerse de la ceniza con los cuadernos. Mi hijo volvió a eso de las siete de la noche; me dijo: “Papá ya se fue, no lo vi; *me voy*, aquí le dejo este pañuelo, no está muy bueno que digamos pero le puede servir”. Miró el ventanal, corrió la cortina: “Por acá si sigue cayendo ceniza, puede tomar agua”, era el agua que nos dejaban para la noche [p. 15].

En este momento sentí miedo y un presentimiento terrible, recordé que, unos meses atrás en el noticiero de Juan Guillermo Ríos⁶, si el nevado reventaba Armero sería borrado del mapa. Sentí miedo, pero luego Sor Amalia rezó el rosario. Luego, Sor Consuelo y Sor Amalia me

5 En la primera versión de este texto dice: “Él dijo que el jueves me sacaba”. La importancia del día de la semana, sea cual fuere, radica en que doña Esther Uribe de Zuluaga tuviera que pasar en Armero la noche de ese miércoles.

6 Juan Guillermo Ríos presentaba por televisión el Noticiero de las 7, el de mayor audiencia.

dijeron: “Hay que ponerle cuidado al noticiero a ver qué dicen”. Luego salieron muy preocupadas tanto las monjas como las enfermeras. Luego, como ya a *Dios gracias* me habían quitado el suero, luego me aplicaron una inyección y luego no volvieron más. Yo pensé están escuchando noticias. Más tarde, llegó una gente de Venadillo a visitar a una muchacha *que sufrió asfixia*. Algunos entraron a saludarme. Pero nada de enfermeras ni médicos. Solo por ahí a las diez y media llegó Sor Consuelo y me dijo no ha podido dormir, fue que se me cayó la venda: “Hágame el favor de arreglámela para ver si puedo dormir”, le dije, ya que me daba miedo me lastimara. Ella tomó el esparadrapo y me arregló bien la venda. Apagó la luz y salió y se despidió.

Luego busqué la forma de acomodarme [p. 16] para poder dormir, cuando sentí que algo se venía, y se sentía murmullos de personas que hablaban, *parecían los bomberos*, decían que algo se venía, *se vino el páramo*, y los reflejos llegaban a mi pieza. Esto duró solo unos momentos ya que al instante llegó la enfermera que estaba en turno, me dijo: “Vámonos que se vino la agunilla”⁷, ya que lo primero que llegó allí fue agua ya que hacía tiempos decían que había una represa y que en cualquier momento había una tragedia. Ella me dijo que tal vez en la terraza nos salvábamos. Yo tomé no sé cómo las muletas y el pañuelo y una toalla.

Cuando ya íbamos subiendo, el piso estaba mojado y lleno de ramas. Cuando subimos ya estaba subiendo la gente herida y una paisana mía, Margarita Rosa Parra, bacterióloga. Allí me dio mucha impresión y pesar. *En ese momento entró un señor, quizás pudo ser de la Defensa Civil o de bomberos... tenía la cara ensangrentada y lleno de lodo*. Fuimos subiendo la escalera hasta llegar junto a la terraza. Por las ventanas del hospital, las pocas que quedaron, subieron mucha gente *que la avalancha las llevó y pudieron subir al hospital*. Allí solo había una enfermera y Sor Consuelo, pero luego llegó otra y le contó a la que estaba de turno que la avalancha había pasado por la carrera 5 y ella se había subir al hospital. [p. 17] Alguien tenía una piedra bregándola a abrir la puerta de la terraza ya que no tenían la llave. Alguien dijo:

7 Doña Esther se refiere al río Lagunilla, que nace en el volcán Nevado del Ruiz y por el cual, en la fatídica noche del 13 de noviembre, descendió la avalancha que enterró a la población de Armero.

“Cuidado con las chispas, se puede producir un incendio”, ya que en los bajos había gases desconectados. Cuando subimos, estaban comentando que Sor Amelia estaba atrapada frente al hospital.

Fueron ratos interminables en que nadie se podía mover; yo alcancé a subir hasta la última escala; pasó mucho rato a lo cual creímos que ya se nos había llegado la hora, al sentir que el hospital ya se venía sobre nosotros. Yo fui la que más grité a gritos hasta ya no poder, mi garganta de tanto gritar se me secó la saliva; yo gritaba: “¡Salvarnos, Señor!, ¡tú tienes que salvarnos, Señor!”. Esto salía muy dentro de mí. Sentí morirme, pero luego reflexioné y me puse a orar en la mente y poco a poco me fui recuperando. Pero los ratos fueron interminables. Pasaba un poco todo este rumbido y lamporones que daban contra el hospital.

Allí subieron un niño de unos ocho años; tenía quemaduras redonditas en la cara; desesperado, pedía que le dieran toda el agua que teníamos en los pocos porrones que nos llevaban agua para la noche. [p. 18] Allí llegaron unos señores de la Defensa Civil, ya que estaban vestidos de amarillo y algunos tenían máscara. Allí Margarita Rosa Parra, la bacterióloga, y otras personas auxiliaron mucha gente con sábanas que los amarraban, y así se subía mucha gente los subían al hospital. Luego, cuando pudieron abrir la puerta de la terraza con unos instrumentos médicos, trajeron colchones, sábanas, y nos acostamos y nos tapábamos con las sábanas, pero al momento ya estaban llenos de lodo, ceniza y arena. Esto nos causaba tos.

Al salir a la terraza, fue el dolor más grande, *más profundo*; las enfermeras y demás estaban preocupados por sus familiares y los padres de algunos que estaban allí. Todos gritaban, algunos contestaban: “Estoy cerca de un árbol”; se oían gritos de auxilio, aullidos de perros atrapados y un incendio que se produjo frente al hospital quizás por los gases desconectados y los cortes de la luz... se sentían explosiones. Luego llovió y Margarita Rosa me dijo: “Váyase para abajo y no vuelva”. Yo me quedé junto a la terraza, o sea en la primera escala. Allí, junto a mí, había un viejito que se encontraba [p. 19] en el piso bajo. Me contó que a él lo habían sacado y que le había dañado la avalancha la cama. Allí no quedó casi nadie y pereció mucha gente, ya que allá estaban los médicos y los jóvenes que venían a practicar al hospital. Allí, esta noche se comentaba que Dios estaba cansado, que por eso mandaba

estas tragedias⁸. Que el Gobierno había olvidado lo del páramo ya que todo el año había dado muestras de peligro. Solo se oía noticias de la masacre de los magistrados⁹.

Cerca al hospital se encontraba un señor sobre un árbol, pero el árbol se hundía... le gritaban que se amarrara una correa: esto pasó un rato, luego pregunté y sí lo pudieron auxiliar. Cuando estábamos en la terraza recé el rosario, pero cuando iba en el 5 misterio se me olvidó y tuve que preguntar. Allí, mi consuelo era Sor Consuelo y Margarita Rosa; ellas me dijeron: “No está sola. *Nosotros la ayudamos a salir*, solo esperar que amaneciera y de acá nos sacan”.

Yo pasé esa noche con un desasosiego terrible. No podía acostarme *por la incomodidad* y una maluquera terrible. Fue una noche interminable, a cada rato se preguntaba la hora, hasta las cinco de la mañana que ya comenzamos a bajar al piso primero, pero todavía se sentían esos rumbidos. [p. 20] Luego que bajé a la pieza en que yo estaba, casi no la encuentro; de allí no habían sacado los colchones; la pieza estaba casi intacta, solo unas manchas pequeñas de lodo en el ventanal. Me había podido quedar allí, pero ahí sola me hubiese muerto de miedo. *Cuando llegué a la pieza llegaron dos muchachos, me pidieron ropa; yo, como estaba escasa de ropa, solo les di dos piezas. Y se pusieron a empacar sábanas, zapatos.* Luego de bajar, miré por el ventanal y me pude dar cuenta de la magnitud de la tragedia, y no podía creer que yo estuviera viva, *no podía creer cómo me había podido salvar.* Todos los árboles que quedaban frente al hospital estaban desaparecidos. Solo se veían sillas, toallas, jabones, bultos de café; se veían las llantas de los carros. Quedé horrorizada al ver lo que fue el centro sólo una explanación. Luego vi frente al hospital una mujer con el cabello recogido que gritaba: “¡Sáquenme de acá!”. Había dos jóvenes después; [p. 21] supe eran jóvenes practicantes de la universidad. Así fue que reconocí a Sor Amalia: estaba atrapada frente al hospital; le pedí a Dios que por fin la pudieran sacar, ya que

8 En la segunda versión, la autora reemplaza, en varias ocasiones, la palabra *catástrofe* por *tragedia*. Una hipótesis de este cambio es que decidió continuar con la pronta caracterización de lo sucedido en Armero como “La Tragedia”, hecha por los medios de comunicación.

9 El miércoles 6 de noviembre de 1985, el movimiento insurgente M-19 se tomó el Palacio de Justicia en Bogotá, y mantuvo como rehenes a los Magistrados y otros funcionarios de dicha institución. La toma del Palacio culminó al día siguiente, dejando un saldo de 55 personas muertas y 11 desaparecidas.

toda la noche estaban bregando por sacarla pero tenía los pies hacia atrás demasiado atrapados. Cuando la sacaron y por la pieza que yo estaba la pudieron sacar, rompiendo los vidrios de la ventana la sacaron. Al salir tenía una crisis de nervios terrible, me dijo: “Muchachita, nos salvamos, todo se terminó... los doctores, enfermeras no quedó nada”.

Luego, como mis hijos me habían llevado maltas, yogures y demás cosas, varias personas comimos de esto y Sor Amalia. Luego siguieron rescatando¹⁰ gente. Un señor que tenía la señora hospitalizada, el día anterior le había hecho la cesárea, esa noche ayudó a mucha gente. Él decía: “mi madrecita, toda mi familia se perdió”. Yo le dije a ese señor que Dios le va ayudar a superar este dolor, ya que él había ayudado a salvar mucha gente. Mientras estuve allí en la pieza, subió mucha gente [p. 22] y una señora que tenía una niña en los brazos, y lloraba y decía que la avalancha se le había llevado dos niñas, que se las ayudaran a rescatar. Ella estaba llena de lodo y ceniza; yo la limpié con un trapo. Luego sacaron un señor; tenía un fuerte dolor de estómago. *Luego sacaron a otro que renegaba de lo que había pasado, que quería quitarse la vida, ya que había perdido toda su familia.* Luego, entre luz y noche se sintió el ruido de una avioneta daba y daba vueltas, pero no se asentó.

Más tarde, no precisé la hora, llegó el primer helicóptero. Pero salió rápido; luego, a los pocos minutos, llegó otro. Rápido tomé el maletín desesperada, pensando me iban a dejar allá. Al seguir por el pasillo de lo que quedó del hospital, no vi a nadie subir y al empezar me encontré con Sor Consuelo que ya venía por mí y ella me ayudó a subir. Cuando subimos *a la terraza, estaba* el comandante; me dijo: “Llevemos la señora”, y estaban contando de a seis personas y apuntando de que estaban hospitalizadas y el nombre de cada sobreviviente. Fue así que salí en el segundo vuelo.

[p. 23] Yo le fui a entregar el libro a Sor Consuelo, pero ella me dijo: “Déjelo para que ore, esto ya se terminó”. Esto lo conservo como un grato recuerdo de quien fue para mí una compañía lejos de mi *familia y que me dio tanta paz espiritual.* Nos fuimos muy tristes, cada cual por su lado, sabíamos jamás nos volveríamos a encontrar. Luego

10 En la primera versión, la autora escribe: “luego siguieron sacando gente”. La noción de ‘sacar’ en este caso sigue implícita en ‘rescatar’, pues rescatar a alguien en Armero significaba sacarlo del lodo.

salí de allí en el helicóptero y me llevaron a Lérída; *allí me llevaron en ambulancia al hospital, allí había mucha gente: periodistas y muchos medios radiales y gente que quizás esperaba a sus familiares.*

Cuando llegué, llegué con una crisis de nervios terrible, pensé que mi hijo se había quedado haciendo arreglar el carro y pensé había perecido. Al llegar, no encontré a mi hijo; busqué caras conocidas, como los compañeros de mi hijo, los que trabajan en la Caja Agraria. Al llegar, los vi y les pregunté por él; me abrazaron y me dijeron: “La mamá de Humberto se salvó”. Al ratito llegó mi hijo y nos abrazamos y lloramos. *Luego le pregunté por mi hijo, dudaron un poco, al rato me dijeron: “Creo, está por allí”.* [p. 24] *Al momento llegó.* Luego me llevaron para el hotel donde se hospedaba mi hijo, esto fue donde una familia Alvis. Allí, la señora me contó que mi hijo se había venido temprano de lo que fue Armero.

Yo quedé con una crisis de nervios terrible, me quedaba ahogada y despertaba sin respiración; tenía que tomar agua para recuperarme un poco. *Si no hubiera habido quien me diera agua, me hubiese muerto. Luego, en Lérída, unos días terribles pensando que ya se venía otra avalancha y decían que llegaba a Lérída. Luego, al ver por la televisión rescatando cadáveres. Lérída estaba atestado de gente, el correr de las ambulancias de un lado para otro, mi hijo sin poderse comunicar con la familia... tenía la esposa sólo quince días de dieta. Ya que los alimentos se iban acabar, el agua llegaba sucia. El viernes hicimos el intento de irnos para Ibagué, ya que mi hijo estaba destrozado. Pero ya mi hijo no tenía el carro había quedado atrapado y casi no vendían gasolina; [p. 25] se contrató un carro al verme a mí, vendían pero muy poca gasolina y al chofer le dio miedo viajar a Ibagué. Fue así que nos fuimos para Venadillo y me llevaron al hospital. Al verme el médico, me dijo: “esto no es de vida o muerte”; quiso decir había personas más malos que yo. Pero al fin me atendió haciéndome un drenaje y se dio cuenta de la gravedad de mi herida y que sí estaba muy mal. Me formuló droga; la enfermera que me atendió yo le dije: “Bendita la labor que ellos hacían que mi enfermera no quiso salvarse sola, sino ayudar a los enfermos para que se salvaran”. Fue así que cuando uno de mis hijos vino a buscarme, ya que no sabía dónde me encontraba allá, y fue allí que me apuntaron como sobreviviente, pero el nombre que dieron fue Ester Uribe de Zuleta. Ella le dijo a mi hija: “Esa señora no la olvido jamás, el hijo se la llevó para Lérída”.*

En todo este tiempo pasé muy preocupada por mi familia en Villahermosa, pues la comunicación era imposible. [p. 26] Allí, en Lérída, llegaba gente de muchas partes... tenían los radios sintonizados esperando noticias de sus familiares. Luego, mi hijo se pudo comunicar por el comando de Falan, y de allí avisaron a mi esposo y la familia de mi hijo en Palocabildo. Pero ellos no creían que estuviéramos vivos. *Ellos sufrieron terriblemente; se fueron para lo que quedaba de Armero, llevaron palas pero de San Felipe¹¹ no los dejaron pasar.*

Allí, en el hotel de Lérída, llegaron dos viejecitos, y el viejecito le decía al otro que se fueran para lo que fue Armero a recuperar lo que allí había quedado. Sé que así *muchas personas* como estos viejecitos no querían perder lo que con amor, esfuerzo y trabajo habían conseguido. Es duro tener y luego perderlo todo en un momento¹².

Allí, en este hotel, llegó un señor Gonzalo Ruviano, que lo rescataron en una faldita que allí lo habían llevado y a que a él lo habían llamado para que salieran que había peligro, pero él era inválido y lo llevaron en la silla de ruedas; allí, en esa faldita, se salvó mucha gente, y este señor era un empleado del Banco de Bogotá de lo que fue Armero. [p. 27] *Este señor tenía una crisis de nervios terrible, decía que había su casa y tantas cosas que había conseguido con mucho esfuerzo... que un televisor lo había traído de otro país. Yo le dije que no pensara en los bienes terrenales, que agradeciera que tenía la familia viva; y él también yo le dije: “Sé que le darán casa”, yo le dije allí no deben construir otro pueblo, ya que muchos años atrás que hubo otra avalancha, cuando era solo unas mil chocitas. Luego de tanto buscarlo los familiares, el sábado llegaron dos jóvenes familiares... el uno era aviador.*

Allí, en el hotel, llegaron dos socorristas: un civil y un agente de policía. Al tiempo que ellos llegaron, me trajeron la comida; el agente me dijo, sonriendo: “Hace días no comemos sino enlatados”. Como me trajeron buena porción de comida, yo les ofrecí: el agente me recibió, el civil no. Tanto que contar que, si uno escribiera punto por punto, no terminaría y formaría un libro muy grande.

11 San Felipe es un pequeño poblado ubicado a la orilla de la carretera que comunica a Mariquita con Guayabal.

12 Desde la misma noche de la tragedia inició el fenómeno de los “valancheros”, personas que buscaban entre el lodo bienes materiales para recuperar lo perdido o para enriquecerse. Finalmente, Armero fue saqueado violentamente.

[p. 28] Allí, en este hotel, *esta señora Melba de Alvis ayudó a mucha gente. Fue para nosotros el consuelo y ayuda... ella es una líder en Lérida. Y en esta tragedia fue humanitaria, ayudando a tanta gente. No sé dónde sacaron tantos cadáveres, ya que cuando miré por el hospital y el helicóptero no había casa en pie sino una explanación y una inmensa piedra.*

El sábado a eso de las siete de la noche nos fuimos para Ibagué con el gerente de la Caja Agraria, donde trabajaba mi hijo Humberto. Él me dijo: “Vámonos que su hijo está muy mal sin poder comunicarse con la familia”. En el viaje para Ibagué se fueron comentando la magnitud de la tragedia *que no se podía hacer un balance exacto de lo perdido*, ya que allí pasaban carros de muchos pueblos cercanos que viajaban para muchas partes: instituciones, escuelas, universidades, varios hospitales... el hospital San Lorenzo contaba con cuarenta enfermos, ya que le pregunté a una enfermera; médicos, no sé cuántos. Creo, el balance jamás se podrá hacer [p. 29] o contabilizar lo perdido y más tantas vidas inocentes.

Cuando íbamos para Ibagué, un señor nos hizo parar el carro para que lleváramos un señor que resultó ser de la Caja Agraria de Ibagué que no lo dejaron llegar a Lérida, ya que estaba atestado de gente y que ni unos socorristas y damas grises no los habían dejado entrar. Allí, en Ibagué, me di cuenta que habían encontrado al doctor Aranzales; me contaron que como no se dejó cortar las piernas, murió de gangrena, y ni a su familia la encontraron. Era una familia muy linda.

Yo llegué a Ibagué donde una cuñada de mi hijo; duré sábado y domingo y hasta el martes que vinieron unos sobrinos de mi esposo y me llevaron donde una cuñada que quiero mucho, ya que allí en el hogar de ella fue que conocí a mi esposo. Allí con el cariño de mi cuñada y los sobrinos de mi esposo me fui recuperando un poco. La primera noche llegó a visitarme un sobrino, *Gustavo*, hijo de mi hermano mayor. El sobrino trabaja hace tiempo en el hospital Federico Lleras en Ibagué como un estadístico; lloré de alegría. Le pregunté por una sobrina [p. 30] *que quiero muchísimo* que llama Esmeralda; fue que cuando pequeña la había tenido en la casa. A la otra noche, llegó con ella: ya era toda una profesional, había estudiado psicología; lloré de alegría y así tantos años sin ver a mis familiares los fui viendo, poco a poco.

De allí mis sobrinos me llevaron a un consultorio particular para ver si me autorizaba la quitada del yeso fijo; él me lo quitó, pero al quitarlo fue fatal: tenía la herida muy mal. El doctor de este consultorio era

amigo de los sobrinos de mi esposo y les contó que acababa de llegar, que quince días no abría el consultorio, pero se sentía feliz de haber podido ayudar a tanta gente. Sé que no solo los médicos sino enfermeras, voluntarios sirvieron con alegría el alivio a estas pobres gentes. Como en el Federico estaba atestado de gente, al principio no me quisieron atender. Luego se fue desocupando, poco a poco, y así sí me atendieron. Allí me atendieron y me hicieron un tratamiento más adecuado; [p. 31] esto lo hizo un ortopedista de apellido Rueda y me fui recuperando. Él no quería atenderme que porque él no me había operado, pero yo le dije que el médico que me había operado estaba en Bogotá, ya que sólo venía cada mes a lo que fue Armero, pero esto ya se había terminado. Luego de este tratamiento pude viajar más rápido para Villahermosa.

Quince días duré sin encontrarme con mi esposo, *ya que él no sabía dónde me encontraba, y viajar casi no se podía*. Fue un encuentro muy emocionante: lloramos de alegría *de podernos ver de nuevo y lloraron los que allí estaban, ya que otra vez Dios nos puso a prueba para saber que nuestro amor era más grande, más sublime, como le dicen a uno cuando se casa: hasta que la muerte los separe. Así será nuestra vida: solo la muerte del uno o del otro nos separará*. Así, con el cariño de mi esposo y de mi familia, fui recuperándome y pude ya dormir con más tranquilidad. Mi esposo siguió visitándome cada quince días [p. 32] y para Navidad.

Allí, en Ibagué, escuchando la radio, escuchaba las grandes polémicas que se formaron a través de esta tragedia. Unos decían que era un castigo por haber matado un sacerdote; otros, que una maldición de un obispo; otros culpaban al padre Osorio por haber dejado solo al pueblo esa noche. A la cual quisiera decir, si este escrito tiene alguna importancia como otra testigo, que lo único que estoy narrando con detalles todo lo que viví allí esa noche. Cómo fue que Dios me ayudó a salir adelante esa noche. Sé que el padre Osorio sí tenía que viajar a Ibagué esa noche para amanecer a Ibagué, pues tenían una reunión junto con varios sacerdotes de distintas parroquias. Ya que el padre Cifuentes, párroco de Villahermosa, por poco queda atrapado en lo que fue Armero, ya que él tenía un doctor amigo y lo invitó a quedarse pero él quería amanecer ya que la reunión empezaba temprano. *Si se había quedado, había perecido*. Pero [p. 33] hay un dicho: que cuando pasa algo, queremos culpar a todo el mundo *y buscamos en quién descargar la culpa*. Que el presidente, que el gobernador y a mucha gente. El presidente ni se acababa

de recuperar de la masacre de los magistrados. Creo que esto fue falta de fe y atención, ya que todo el año había estado dando muestras de peligro por algunos temblores y olores a azufre. Pero es que Colombia se sangra: cuando acaba de tener una tragedia, llega otra.

Yo supe, el alcalde murió pidiendo ayuda. *Supe, llamaron a Bogotá; no sé dónde informaron del peligro, pero nadie podía medir las consecuencias de esta catástrofe. Pero quizá la misma gente fue la culpable* porque siempre esperamos que las demás personas decidan por nosotros. *Esto no era de esperar, sino de decidirlo* al momento caía demasiada ceniza y el peligro era inminente. Nos confiamos demasiado.

Otro día fui a la Clínica Tolima. [p. 34] Allí me encontré con una enfermera, que yo había hablado con ella en lo que fue Armero; me contó que vivía en la casa de una señora de Villahermosa. Fue así que me contó que Sor Amalia había pasado a llamarla para que se pasara para el hospital; al ella coger las niñas para pasarlas, eran dos, la avalancha se las arrebató y no las pudieron encontrar, y fue así que Sor Amalia quedó atrapada: no alcanzó a subir al hospital. Nos abrazamos y lloramos. También sentí el dolor de esta enfermera; cómo seguir alegres y seguir sonriendo *y escuchar música, si el dolor es mucho y si el corazón se nos estalla de dolor y pesadumbre. De ver tantos hogares enlutados, destrozados. Unos sobrevivientes sin tener partes de su cuerpo, otros en completa miseria. ¿Cómo vivir alegres si nos desangramos y nos hemos familiarizado* con lo que pasó el 13 de noviembre de 1985? Así como esta enfermera, que feliz llegaba, así también muchas madres enlutadas, [p. 35] que darían sus vidas para recuperar sus hijos que allí perdieron. Le pido a Dios que encuentren a sus hijos estas madres destrozadas.

En el Federico miraba cómo llegaban tantos enfermeros, unos alegres, otros con sus vestidos blancos, pero cada uno era como una paloma mensajera de la salud. Ya que fui al consultorio del doctor Guarín, en el Federico Lleras vi un afiche que decía en letra grande: “nos sentimos orgullosos de ser mensajeros de la salud”. Y sé, en lo que fue Armero, perecieron muchos de estas enfermeras de la salud. Quizá sus cuerpos no fueron encontrados, pero sus vidas allí ofrendadas en alas del deber cumplido. Allí, en el Federico, vi mucha gente que fácil se reconocía que habían salido de la tragedia, unos quemados, otros faltándoles partes de sus cuerpos. Lo que más admiré en este hospital fue una niña de unos trece años; [p. 36] ya Dios le había dado el consuelo,

se recreaba leyendo tiras cómicas; cada que iba al hospital, la miraba y ella me sonreía. Dios siempre está con cada uno de nosotros, y la gente maravillosa que lo ayudan a uno a seguir adelante. Cómo enaltezco la labor de mi enfermera, que no quiso salvarse sola sino ayudar a salvar a todos los enfermos que pudimos quedar en el hospital. Yo quisiera encontrármela para agradecerle lo que hizo por mí en ese momento de angustia y desesperación, lejos de mi familia.

En Ibagué fui pasando días... como mi herida tardó en recuperarse, tocó pasar Navidad y año nuevo. Lo pasé donde una sobrina *de mi esposo*. También tuve dos encuentros: el uno con Carmenza Gallego, familiar que ella es supervisora. Ella pasó tres días buscándome, hasta que puso el aviso y en una junta de acción comunal, y así me pudo encontrar. Otro encuentro fue con Carmenza Poveda de Bogotá. Ella me había visto rescatar por televisión. Para mí fue un encuentro lindo, ya que ella *llegó a Ibagué a visitar unos familiares que eran vecinos míos en Villahermosa. Ellos le dijeron que iban a saludar Esther Uribe, y ella dijo: “Yo conozco esa señora, yo la vi rescatar”. Fue un encuentro maravilloso, [p. 37] ya que ella me contó que le gustaba servir a la comunidad. Y a mí me gusta la persona que piensa en este servicio a los demás. No pensar en nosotros mismos, sino más bien pensar en el hermano, y una orientación a tiempo es servir, ya que somos técnicos de nuestro saber y el enseñar a otros es oración. Y hoy, que tanto necesita uno de la oración, como escuché en una emisora de Ibagué, tenemos que orar fuera cual fuera nuestra religión. Porque si el mundo sigue así, con estos odios entre hermanos y razas, y matan por matar, no saben que matar a su hermano mata a su Dios, ya que todos por el Bautizo somos imágenes de Cristo. Ya que nuestra vida está conformada de hechos sean buenos o sean malos, pero debemos reflexionar que lo que hagamos sea querido por Dios, saber vivir y convivir con cada hermano como imágenes de Cristo que somos, y como tales tenemos que vivir.*

Como lo dijo su Santidad Pablo VI [p. 38] en el campo de San José en el año 1968, y hoy que estamos para celebrar otro acontecimiento con la visita del Santo Padre¹³, recordemos las palabras que nos dirigió: vosotros soy un signo, una imagen de Cristo, y como tales tenemos que vivir. Nos llamó no a la violencia sino al respeto a la vida humana: no

13 Juan Pablo II visitó las ruinas de Armero en mayo de 1986.

más derramamiento de sangre. Si todos pensáramos así, se podría tener paz, que a gritos estamos esperando; que la bandera de la paz gire en torno al mundo como un hecho de paz ya realizado... no más muerte y volveremos a nacer. Colombia es linda, no la destruyamos, seamos portadores de progreso.

Al finalizar, les diré a quienes quieran leer mis sencillas frases, acá escritas: vivamos, pero en cada momento de nuestra vida y lo que hagamos *hagámoslo* guiado por Dios, ya que él se identifica con cada uno de nosotros: en el trabajo diario, en el amanecer lindo, en las flores que adornan el paisaje y nos dan alegría, en lo que realizamos haciendo nuestro trabajo. *Cada día en nuestro trabajo, sea fácil sea [p. 39] duro, pero Dios es nuestro guía, y esto es oración, no sentirnos esclavos sino adorar a Dios con cada labor que se realiza, sin hacer mal a nadie, sino más bien enseñar al que no sabe.*

Esto fue escrito por una sobreviviente de lo que fue Armero... que quienes fuimos testigos solo un milagroso nos salvó. Para mí, fue la fe que siempre he tenido, esto me salvó. Como me han dicho que he vuelto a nacer, pero he vuelto a nacer con una fe más grande; si antes era católica *apostólica*, mi fe se ha reafirmado más en ella. Porque Dios es mi única verdad y realidad de la vida. Con esta fe seguiremos adelante, cosechando frutos, para la hora de la muerte dar cuentas a Dios: esto es y será el fin, la muerte. Pero hay que preparar el terreno para salir adelante y llegar con las manos llenas de frutos cosechados para presentarlos a Dios. *Tenemos toda la oportunidad del mundo.* [p. 40] Sé que allí murió gente que tenía mucha fe, pero sabemos que no se cae la hoja de un árbol si no es voluntad de Dios. Pero no sabemos la hora, hagámoslo pronto; estamos al acecho. Cuando estamos más alegres, lejos de ver la realidad, nos olvidamos de esto. ¿Quién de los que *vivieron aquí* y murieron allí en esta tragedia pensaban que esa noche sería la hora? Debemos ser precavidos y triunfaremos. Vivamos como verdaderos hijos de Dios y hermanos de todos los hombres.

Sobreviviente Esther Uribe de Zuluaga. Cédula 28-982-183 de Villahermosa. Para finalizar, les diré hacer una reflexión, analizar nuestra vida diaria y vivir como verdaderos hijos de Dios.

Teléfono de Miguel Zuluaga: 253 3453.